

La Eucaristía y la Cultura Universal

Por RAFAEL TOVAR ARIZA

(Discurso pronunciado en el Congreso Eucarístico Bolivariano de Cali).

“Mucha Ciencia acerca a Dios”.

Tócame exponer ante vosotros un asunto asaz encumbradísimo para cuya cabal dilucidación precisaríase que un carbón enrojado hubiera purificado mis labios como otrora ocurriese al profeta Isaías. Ya que no en el sentido literal, heme esforzado al menos por encender en mi alma sentimientos de amor a Jesús Sacramentado, que calcinen con su ardor las escorias de mi innata flaqueza y me permitan colaborar en este augusto certamen en el escaso grado que lo consientan mis menguadas fuerzas.

Me asiste el gran consuelo de que la intrínseca majestad del tema me concede poder disimular mis deficiencias y aun esconderlas del todo, tan noble es su excelente objetivo, que consiste, nada menos, que en considerar a la Eucaristía y la Cultura; o, dicho con más desarrollo, cómo la Luz Suprema de Jesús Eucarístico ha guiado a las inteligencias más eximias de la cultura universal.

Me hallo afortunadamente en situación bastante similar a la de un mediocre conferenciante, que sin mayores conocimientos ni experiencia fuere a describir ante selectísimo auditorio la asombrosa estructura física del sol. Las dotes del narrador son bien pocas; pero, es tan subyugante la naturaleza del astro central de nuestro sistema, que muy pronto los oyentes van perdiendo de vista al expositor emocionados ante los fenómenos extraordinarios de luz, de calor, de tamaño, de intensidad y de atracción de nuestro sol, y se olvidan completamente del orador, deslumbrados por la explicación cósmica que se les está rindiendo.

Y como por estupenda que sea la mecánica solar resulta pequeña y hasta mezquina en comparación al hecho que ahora me corresponde analizar, me sosiego sin reservas, pues bien deduzco que mi ignorancia y debilidad quedarán totalmente eclipsadas entre los resplandores inefables del sol eucarístico.

En efecto: ¡cuán bello es su fulgor! ¡cuán suave y templado su calor! ¡cuán penetrante su influjo moral! ¡cuán potente su irradiación y cuán irresistible su atracción espiritual! Con este conjunto de cualidades, no es de extrañar que los hombres de mayor talento hayan pres-

tado pleitesía integral, sin ninguna reserva, al beatísimo Sacramento de nuestros altares.

Y, en verdad, señoras y señores, que no se trata de unas cuantas unidades aisladas o de unos pocos valores mentales de segundo o tercer orden. Lejos de ello, su número es tan crecido, que el sólo escogerlos entre tantos, ya implica arduo trabajo; y, que no son figuras secundarias, sino, por el contrario, mentes sobreabundantes en altísima sabiduría e instrucción, como si el Espíritu Santo las hubiera ungido con la plenitud de sus dones en otras tantas visitas de Pentecostés individuales...

Así, por ejemplo, tenemos al insigne Luis Pasteur, quien piadosamente recibía la comunión, es decir, lo Infinitamente Grande, al ir a enfrentarse a lo infinitamente pequeño... Ese Cristóbal Colón de los seres diminutos, quien manifestara en frase lapidaria: "Yo tengo la fe del campesino bretón; si hubiera estudiado un poco más, tendría la fe de la campesina bretona".

Incidentalmente, acabo de aludir al Descubridor de América, aquel genial Cristóforo, cuyo nombre lo signó **ab initio** atinadamente, pues no ya en un río como el Cristóbal de la leyenda áurea, sino sobre el anchuroso mar transportó la religión de Cristo del Antiguo al Nuevo Continente; marino de aliento, que en Palos de Moguer, reempló su alma en el fuego eucarístico al emprender el viaje inmortal.

Prosiguiendo esta reseña, ¿qué decir de Gregorio Mendel, inclinado sobre el polen y el pistilo de sus flores con las cuales descifró el secreto de la herencia? ¿Cómo no haber logrado tan alta conquista a los misteriosos biológicos si a diario se alimentaba con la Eucaristía, donde mora el Autor y Señor de la vida?

Y, ¿cómo no citar a Renato Haüy, quien se adentró en la geometría de lo pequeño, convirtiéndose en el Padre de la Cristalografía al establecer definitivamente las leyes de los sistemas cristalinos, a las que obedecen, entre mil y mil cuerpos, los prismas de la esmeralda y los octaedros del diamante, que en la custodia nos hacen recordar que aquel investigador de la simetría mineral, cotidianamente recibía el Pan Sagrado, donde reside Quien creó al mundo en número, en peso y en medida y lo entregó a las disputas de los hombres?

Imposible omitir en este tiempo de la radio-difusión, a Guillermo Marconi y a Eduardo Branly, ambos a dos, afortunados cazadores de las ondas etéreas, sabios gemelos por su ciencia y por su fe, quienes de tanto apearse a ese manantial de Infinito que es la Eucaristía, captaron las vibraciones infinitamente pequeñas que les permitieron con red invisible, pero real, aprisionar lo infinitamente grande del Espacio...

Mucho antes que ellos, Volta y Galvani sacaron a la electricidad del estado embrionario en que se le había venido conociendo por veintitrés siglos o más, y la transformaron en el fluido dinámico que hoy mueve todas las industrias mundiales, proceso únicamente comprensible cuando sabemos que este par de físicos italianos pudieron impulsar así la energía, porque al comulgar colocaban en su pecho al que es en sí mismo la Energía Absoluta...

¿Quién enseñó a José Celestino Mutis las maravillas exuberantes de la flora tropical, guirnalda hermosísima de la botánica granadina?

¿Quién sugirió a Angel Secchi a calcular la edad de las estrellas en función de sus colores? ¿Quién indujo a Luis Rodés a descubrir la doble acción entre la Tierra y el Sol en base a sus perturbaciones magnéticas? ¿Quién ha de ser, amigos míos, sino Aquél que es el Pimpollo de Israel, la luz esplendente del Tabor y el Imán que arrebatara al Cielo al Apóstol San Pablo!

¿De Quién aprendió Schubert los acordes grandiosos de sus misas solemnes, los que con creces renuevan el salterio de David y las arpas de Sión? ¿En Quién se inspiró Van Dyck para pintar al Cordero Redentor del que parten inagotables bendiciones? ¿En Quién se adoctrinaron los arquitectos medioevales para construir las catedrales góticas, cual tabernáculos pétreos al Dios Humano? ¿De Quién recibió Miguel Angel la audacia técnica y estética que lo impelió a moldear la cúpula del Vaticano? No de otro alguno, señoras y señores, sino del Geómetra Consumado que estructuró el orbe, del que hizo que el arco iris fuese su propia paleta de colores y el que pusiera una diminuta caja de melodías en la garganta de la alondra...

A Francisco Vitoria, en la intrincada esfera del Derecho de Gentes, ¿Quién lo orientó? A aquel conspicuo parlamentario que redactó para sí el célebre epitafio: "Dejo mi cuerpo a Irlanda, mi corazón a Roma, mi alma a Dios", ¿Quién le dio su temple de estadista? A Gabriel García Moreno, que con sus excepcionales dotes de mandatario trabajó inmensamente por el bienestar de su patria, ¿Quién le comunicó aquella actividad? Estos tres genios de la política noble, como apenas pudo soñarla el Estagirita, debieron sus éxitos al Pan de los Fuertes, ya prefigurado desde antiguo por Melquisedec, presentido en las multiplicaciones prodigiosas que cuenta el Evangelio y finalmente instaurado con toda verdad en la noche inolvidable del Primer Jueves Santo, cuando el Cenáculo, con mucha más propiedad que Belén misma, vino a ser la Efrata o Casa de Pan, anunciada por las viejas profecías!

¿Cómo han podido Breuil y Bouyssonie reconstruir netamente las civilizaciones remotas de los tiempos prehistóricos? Ah!, esto sólo se comprende cuando nos enteramos que ellos al contacto con Dios, que es únicamente presente, allí interpretaron el ayer lejanísimo. ¿En qué forma Mezzofanti y Panduro y Rufino José Cuervo intuyeron el mecanismo de lenguas extranjeras y los principios filológicos? Solamente porque su íntima unión con el Dios de la Eucaristía, que es la Inteligencia Pura, les otorgó entrever las leyes del pensar. ¿De qué modo Santo Tomás de Aquino echó las firmísimas bases de su filosofía y su teología sublimes? Sólo porque a una y otra disciplina, el Doctor Angélico, le dio como piedra angular el misterio augustísimo, el misterio sacrosanto, el misterio encarnístico, en cuyo loor nos hemos congregado en asamblea entusiasta y ferviente.

Mas, ¿para qué alargar esta enumeración de notabilidades auténticas? Basta con estos elevados exponentes de la ciencia y del arte, triunfal veintena de nombres por demás excelsos, todos los cuales derivaron su fortaleza intelectual del manjar eucarístico. Tras ellos hay

muchos, muchos más, con ingerencia a la que perfectamente puede aplicarse la bíblica promesa escuchada por Abraham: "Cuénta las estrellas, si puedes..."

Empero, es suficiente con lo expuesto. Réstame sólo ponderar brevemente este escenario eglógico del Valle del Cauca, pariente muy próximo, si acaso no hermano del Paraíso Terrenal. En su fértil vega crece la vid, que da sarmientos vigorosos y uvas suculentas, que brindan un vino que emula en calidad con el licor de Engadí, mientras que en la cumbre de las dos cordilleras que enmarcan el idílico valle madura el trigo en espigas lozanas, que reproducen acá los plácidos campos galileos, donde esparciera la buena semilla el Sembrador de la Parábola...

Una y otra planta suministran las especies eucarísticas, todo lo cual nos hace comprender porqué fue escogida esta tierra privilegiada para celebrar faustamente esta reunión pública en homenaje al Amor de los Amores...

El Congreso Eucarístico Bolivariano tenía que ser aquí, por donde pasa bifurcado el Ande majestuoso, la misma Cordillera a cuyos pies floreciese la Rosa de Lima y en cuya falda naciera la Azucena de Quito.

El Ande que pastoreara Santo Toribio de Mogrobejo y que evangelizara San Francisco Solano; el Ande, en cuyas serranías septentrionales San Luis Beltrán sometiera apaciblemente a los fieros caribes.

El Ande Católico, que entre Bolivia y el Perú, en el Lago Titicaca, posee una inmensa pila bautismal, en cuyas linfas se refleja la dulce imagen de la Virgen de Copacabana.

El Ande Católico que en el Ecuador ha encendido en el Cotopaxi una gigantesca lámpara votiva, que arde perennemente ante el santuario de los cielos.

El Ande Católico que en Venezuela construyó en la Silla de Caracas un púlpito soberbio para cantar a todos los vientos las ínclitas glorias de la ciudad mariana.

El Ande Católico que en Panamá engendra multitud de promontorios, que reciben a porfía, de ambos océanos, la sal con que el mismo Cristo comparase a sus discípulos.

El Ande Católico que en Colombia, mi Colombia amada, al revertir al Nevado del Tolima de paz, de silencio, de blancura y de infinito lo ha convertido en perfecto símbolo eucarístico.

Era por demás digno que el Congreso Eucarístico se convocara junto a esta cordillera andina, en cuyos senos parecen haberse cuajado la luz del sol y la luz de la luna, que transformadas en oro y en plata lucen con su brillo astral en los cálices y en las patenas, en los copones y en los ostensorios...

Insisto en la justicia de que este acto sagrado, en el que se acumula el fervor de medio continente, haya por teatro a esta ciudad de Cali, fundada por católicos de recia raigambre, que al pie del Cerro de las Tres Cruces —nombre que es de suyo todo un compendio religioso— la reclinaron suavemente en medio de la belleza y la poesía del valle caucano.

Nada falta para la apoteosis que se festeja... De la romántica hacienda de Jorge Isaacs trajeron las flores de la montaña: el cámbulo está más rojo y el gualanday más púrpura; y, los capullos del **quereme** se ven más lindos que en los tiempos de María y de Efraín.

¡Ya todo está listo! ¡Sí ya todo está listo! ¡Cali, la Sultana del Valle, está aderezada con sus mejores galas...! Con los más frescos azahares del Amaime, le hicieron su corona virginal; con oro del Dagua, su anillo de esposales; con las perlas más nacaradas del Pacífico, su collar de novia; con la más transparente neblina del Ande, su velo nupcial...!

¡Cali, toda pulcra, juvenil y sonriente, es fiel imagen de la Sulamita del Cantar de los Cantares, que celebra ahora sus bodas solemnísimas con el Esposo Celestial...!